

Cuerpo, sexo, género

Un análisis crítico del ensayo de Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*

Maria Teresa Russo
Universidad Roma Tre
mariateresa.russo@uniroma3.it

1. Prólogo: génesis y evolución del concepto de género

Han pasado más de 30 años desde la primera publicación del ensayo de Judith Butler, *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, que ha tenido una influencia decisiva en los llamados estudios de género y en la "teoría queer", gozando de una amplia popularidad incluso fuera de los círculos académicos tradicionales. Antes de examinar los temas tratados en el ensayo, conviene presentar un breve análisis de la génesis y la evolución de la noción de Género, paralelamente a la reflexión sobre la diferencia entre los sexos. A modo de resumen, agruparemos estas posiciones en tres grandes corrientes desarrolladas dentro del pensamiento feminista.

1. La primera es la inaugurada por la filósofa francesa Simone De Beauvoir. En su conocido ensayo *Le Deuxième Sexe* (1949), rechaza la condición de inferioridad de la mujer, que la ha convertido en el "segundo sexo", y reclama una liberación de su destino biológico, psíquico y económico, que la subordina al hombre. De Beauvoir no niega la diferencia biológica entre los sexos, pero afirma que "se llega a ser mujer" en la cultura patriarcal, que ata a las mujeres a determinadas tareas y relaciones (matrimonio, maternidad, etc.) sin darles opción. Sin embargo, su pensamiento será utilizado posteriormente por la propia corriente que deconstruye la diferencia sexual.

2. Una tendencia de derivación psicoanalítica, que se remonta a Freud, pero aún más a Lacan, a quien debemos la valorización de la diferencia sexual y de la especificidad femenina, con un énfasis particular en la dimensión materna. Las reflexiones de pensadores como Julia Kristeva y Luce Irigaray partirán de esta tendencia.

3. Una corriente de matriz deconstruccionista, que propone la fluidez del sujeto y una especie de "indecidibilidad" sexual. En esta perspectiva, la feminidad y la masculinidad concernirían indistintamente a los hombres y a las mujeres en la medida en que indicarían la posición del propio ser en el mundo. Dentro de esta tendencia, más conocida como *Gender Theory* (Teoría de Género), se puede inscribir el pensamiento de Judith Butler, aunque con las debidas precisiones.

Examinemos, pues, la génesis del concepto de *Gender*, teniendo como punto de llegada la definición proporcionada en un conocido compendio de filosofía feminista:

Prior to the late 1960s, English language-speakers used the word "gender" to refer to the understanding of certain words as masculine or feminine. For example, the word "ship" has often been thought of as feminine. During the 1960s, English-speaking feminists extended the meaning of "gender" so that it came to describe the understanding of not only words but also types of behavior as female or male. Feminists wanted to make the point that the association of specific types of behavior with females or males was as much a social convention as was the association of specific words. Prior to this time, the dominant understanding was that such phenomena were "naturally" linked with males or females. It was thought that the biological distinction between women and men, often referred to as the difference between "the sexes," caused women to behave one way and men the other. Feminists wished to emphasize that such differences in behavior were not a consequence of biology but of social convention. By including these under the category of "gender" rather than "sex," they hoped people would come to see such differences as socially rather than biologically caused¹.

¹ LINDA NICHOLSON, *Gender*, en ALISON M. JAGGAR - IRIS MARION YOUNG, *A Companion to Feminist Philosophy*, op.cit., cap. 29. «Antes de finales de la década de 1960, los angloparlantes utilizaban la palabra "género" para referirse a la comprensión de ciertas palabras como masculinas o femeninas. Por ejemplo, la palabra "ship" ha sido considerada a menudo como femenina. En la década de 1960, las feministas de habla inglesa ampliaron el significado de "género" para que describiera no sólo las palabras sino también los tipos de comportamiento como femeninos o masculinos. Las feministas querían dejar claro que la asociación de determinados tipos de comportamiento con lo femenino o lo masculino era una convención social, al igual que la asociación de determinadas palabras. Antes de esa época, la idea dominante era que esos fenómenos estaban vinculados "naturalmente" con los hombres o las mujeres. Se pensaba que la distinción

¿Cómo se llegó a esta definición? La *Teoría de Género* se originó a partir de una doble matriz: una biomédica, desarrollada en los campos de la sexología, la genética y la endocrinología; la otra filosófica, dentro de una corriente de pensamiento feminista. La primera se remonta a las teorías elaboradas desde los años 50 por el sexólogo John Money², retomadas después por el psicoanalista Robert Stoller³ y aplicadas por ambos en la práctica clínica. El neozelandés Money, experto en lo que denominó *Gender Identity Disorders* (Trastornos de Identidad de Género), es decir, anomalías en la anatomía de los caracteres sexuales, formuló la teoría de que la identidad sexual depende de los procesos de educación y socialización más que de la conformación física. Para Money, la *Gender Identity* (identidad de género) es la experiencia personal de la propia masculinidad y feminidad, mientras que la *Gender-Role Identity* (identidad de rol de género) es su manifestación pública, reflejada en el comportamiento y las elecciones. En otras palabras, sólo habría "predisposiciones internas" en el cuerpo, en base a las cuales los "estímulos externos", como la educación y la socialización, configuran "esquemas mentales" en el cerebro relativos a la masculinidad y la feminidad (Género), que a su vez configuran "patrones de comportamiento", modificables según la aprobación o desaprobación externa. La teoría de Money, que al principio parecía corroborada por algunos casos clínicos, pronto resultó infundada, ya que los resultados infructuosos de algunas intervenciones de *reassignación* de sexo que se consideraban terapéuticas la desmintieron radicalmente⁴.

Robert Stoller moduló aún más la noción de Identidad de Género, introduciendo la de *Core Gender Identity* (Identidad Central de Género), para indicar la autoidentificación que en menor o mayor grado realiza cada persona con su sexo biológico (*Sex*), elaborándola progresivamente en base a las relaciones con los demás y el entorno. El sexo es lo que somos; el género lo que aprendemos a través de un proceso que comienza en el nacimiento, se desarrolla gradualmente en la familia y se manifiesta en la infancia hasta la plena maduración en la edad adulta. El género se refiere, propiamente, a la manifestación, conservación y desarrollo de la masculinidad y la feminidad, como un conjunto de sentimientos, pensamientos y comportamientos. Sexo y género, según Stoller, están relacionados entre sí, pero no están inevitablemente y necesariamente conectados: no existe una relación biunívoca entre el sexo y el género, ya que también pueden ser distintos e independientes. En esta perspectiva, la dimensión psicológica se desvincula de la dimensión corporal, ya que la autodeterminación de la propia masculinidad y feminidad (*Gender*) se remonta a la elaboración psíquica de la percepción de la propia diversidad anatómica (*Sex*), en la que la educación y otras influencias externas juegan un papel decisivo⁵.

biológica entre mujeres y hombres, a menudo denominada diferencia entre "los sexos", hacía que las mujeres se comportaran de una manera y los hombres de otra. Las feministas querían subrayar que esas diferencias de comportamiento no eran consecuencia de la biología sino de las convenciones sociales. Al incluirlas en la categoría de "género" en lugar de "sexo", esperaban que la gente llegara a ver esas diferencias como algo social y no como algo biológico».

² Cfr. JOHN MONEY - JOAN G. HAMPSON - JOHN L. HAMPSON, *Hermaphroditism: recommendations concerning assignment of sex, change of sex, and psychologic management*, en "Bulletin of the Johns Hopkins Hospital", 97, 1955, pp. 284-300. JOHN MONEY - PATRICIA TUCKER, *Sexual signatures. On being a man or a woman*, Little, Brown and Company, London-Toronto 1975; ID., *Gendermaps: social constructionism, feminism, and sexosophical history*, New York, Continuum 2002.

³ Cfr. ROBERT STOLLER, *Sex and Gender: On the Development of Masculinity and Femininity*, Science House, New York 1968.

⁴ Conocido es el caso de David, uno de los gemelos Reimer, cuyo sexo fue corregido quirúrgicamente por Money en 1967, aconsejando a sus padres que lo vistieran y trataran como a una niña, convencidos de que así se adaptaría a su nueva identidad. Pero lo que se pensaba que era un experimento perfecto, en realidad resultó ser un verdadero fracaso con el paso de los años, porque David nunca consiguió aceptar su pretendida *identidad* femenina y acabó suicidándose. Cfr. JOHN COLAPINTO, *As nature made him. The boy who was raised as a girl*, HarperCollins Publishers, New York 2001.

⁵ Cfr. LAURA PALAZZANI, *Sex/Gender: gli equivoci dell'uguaglianza*, Torino, Giappichelli 2011.

La matriz filosófica de la *Teoría de Género* se remonta al llamado *Feminismo de Género*, que se desarrolló en Estados Unidos a partir de finales de los años 70 y luego se extendió a Europa⁶. Sus raíces están en las “filosofías de la deconstrucción”, es decir, en ese proceso de “desnaturalización de lo humano” que considera las tecnologías de la anticoncepción y la procreación como aliadas de la liberación femenina. Incluso antes de que se teorizara y difundiera la dicotomía Sexo/Género, hay exponentes del feminismo que alaban las nuevas tecnologías, porque tendrían el efecto de emancipar a las mujeres del “yugo” que les impone la naturaleza sexual, consistente en la necesidad de procrear, fuente de todas las demás esclavitudes. Para estas pensadoras, por ejemplo, Shulamit Firestone, el objetivo de la revolución feminista debe ser acabar con la propia distinción de sexos mediante la recuperación por parte de las mujeres del control sobre su propio cuerpo y su capacidad reproductiva. De este modo, “las diferencias genitales entre los seres humanos deberían pasar a ser culturalmente neutras”⁷.

El primer paso que contribuye implícitamente a la formulación de la Teoría de Género es, pues, la privación del sexo de sus características esenciales -en este caso la capacidad de generar- cuya naturalidad se niega. En esta neutralización del sexo, la tecnología biomédica es vista como una “victoria sobre la naturaleza”, ya que la anticoncepción y los incipientes experimentos de gestación en laboratorio son considerados como una liberación de la mujer de la esclavitud de la condición sexuada, considerada como fuente de discriminación⁸. Esta tendencia, inicialmente inspirada en la ideología neomarxista de la abolición de las diferencias de clase, irá ganando terreno, sobre todo en el seno del neoliberalismo radical, que ve en la pretendida emancipación de la naturaleza un gesto de libertad, por el que a la anomia del cuerpo le corresponde la autonomía absoluta de la persona en relación con él. Esta visión *plástica* de la sexualidad, según la expresión de Giddens⁹, tiene como correlato un individualismo exagerado. Términos como “preferencia”, “autodeterminación” y “derecho a elegir” son los más utilizados, en una perspectiva que, con el objetivo de anular los lazos, considerados opresivos, tiende a poner en primer plano las libertades individuales, acabando por deshacer el tejido social a través de la desintegración de la familia. Sin embargo, el movimiento posterior del *Feminismo de Género* (*Gender Feminism*) no debe considerarse compacto y homogéneo, ya que presenta en su interior dos tendencias que, aunque unidas en la afirmación de un claro dualismo entre la dimensión biológica (*Sex*) y la dimensión cultural (*Gender*), son bien diferentes.

La primera, cronológicamente anterior, considera la sexualidad biológica como algo incuestionable, una especie de núcleo duro sobre el que se inscriben los procesos culturales que dan lugar al Género. La segunda, en cambio, va más allá, cuestionando la propia diferencia sexual, que sería el producto simbólico de un discurso.

Teniendo en cuenta esta distinción, dentro de la primera tendencia se pueden señalar pensadores como la antropóloga Gayle Rubin, que utiliza el término *Sex-Gender System* (Sistema Sexo-Género) para definir la relación entre sexo y género como una relación entre materia y forma. El género sería el conjunto de procesos, comportamientos y relaciones con los que cada sociedad estructura y organiza la sexualidad biológica, dividiendo las tareas y atribuyendo significados y diferencias¹⁰. Basándose

⁶ Para una visión de conjunto, no crítica, de las diferentes concepciones de la relación entre *Sex* y *Gender* en el pensamiento feminista, véase: MARI MIKKOLA, *Feminist Perspectives on Sex and Gender*, in EDWARD N. ZALTA (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, 2012: <http://plato.stanford.edu/archives/fall2012/entries/feminism-gender>

⁷ SHULAMIT FIRESTONE, *La dialéctica del sexo: en defensa de la revolución feminista* (1970), Kairós, Barcelona, 1976, p. 14.

⁸ Ivi, p. 10.

⁹ Cfr. ANTHONY GIDDENS, *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Ediciones Cátedra, Madrid 1998.

¹⁰ «El género consiste en un conjunto de estrategias por las que la materia prima biológica de la sexualidad y procreación humanas se ve moldeada por la intervención humana, social». GAYLE RUBIN, *The Traffic of Women: Notes on the “Political Economy” of Sex*, en RAYNA REITER (ed.), *Toward an Anthropology of Women*, Monthly Review Press, New York 1975, p. 165. Cfr. también GAYLE RUBIN, *Sex-Gender System*, Cambridge University Press, Cambridge 1975.

en las teorías antropológicas y marxistas, Rubin admite, por tanto, una diferencia “natural”, es decir, anatómica y física, que, sin embargo, no produce por sí misma roles diferentes, que se originan en las estructuras económicas y sociales.

Por parte de los exponentes del ala más radical del feminismo de género, la concepción expuesta hasta ahora ha sido denominada despectivamente como *coat-rack view*¹¹ (la visión del perchero), porque interpretaría el sexo biológico como una especie de “perchero” en el que colgar o superponer el género. Siguiendo la estela de las filosofías de la deconstrucción, incluso forzando sus conclusiones, estas pensadoras proponen, en cambio, ir más allá, hacia la superación total de la naturaleza. Esta es la visión de **Judith Butler**, que en sus escritos comienza por teorizar las confusiones o “intercambios” de género, para luego señalar los “límites discursivos del sexo” y proponer una interpretación deconstruccionista que lleve no sólo a “deshacer” el Género, sino también a reformular el propio concepto de Sexo.

2. **Judith Butler, *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Paidós, Barcelona 2007. Análisis crítico**

Judith Butler (Cleveland, 1956) enseña Literatura Comparada y Retórica en la Universidad de Berkeley (California), donde también es codirectora del programa de *Critical Theory*. Examinemos en detalle las tesis centrales de su *El género en disputa*, (tit. Orig. *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, Routledge, New York) que inaugura en 1990 su teorización del Gender, tema desarrollado en varios de sus ensayos posteriores¹². El prefacio de la edición de 1999 es de gran importancia porque aclara la intención del ensayo y presenta la respuesta a algunas objeciones recibidas tras la primera publicación. En este prefacio, el horizonte de referencia es claro: no se trata de un texto puramente académico, aunque haya tenido mucha resonancia en los círculos académicos. En primer lugar, la reflexión de Butler parte de una herida, de una experiencia biográfica de exclusión que la autora relata con amargura:

“Crecí entendiendo algo sobre la violencia de las normas del género: un tío encarcelado por tener un cuerpo anatómicamente anómalo, privado de la familia y de los amigos, que pasó el resto de sus días en un «instituto» en las praderas de Kansas; primos gays que tuvieron que abandonar el hogar por su sexualidad, real o imaginada; mi propia y tempestuosa declaración pública 'de homosexualidad a los 16 años, y el subsiguiente panorama adulto de trabajos, amantes y hogares perdidos. Todas estas experiencias me sometieron a una fuerte condena que me marcó, pero, afortunadamente, no impidió que siguiera buscando el placer e insistiendo en el reconocimiento legitimizador de mi vida sexual (p. 23)”.

En segundo lugar, Butler quiere dejar claro que la suya no es una postura filosófica abstracta, sino un acto preciso de apoyo a determinadas categorías:

“[...] no lo escribí solamente desde la academia, sino también desde los movimientos sociales convergentes de los que he formado parte, y en el contexto de una comunidad lésbica y gay de la costa este de Estados Unidos, donde viví durante catorce años antes de escribirlo. A pesar de la dislocación del sujeto que se efectúa en el texto, detrás hay una persona: asistí a numerosas reuniones, bares y marchas, y observé muchos tipos de géneros; comprendí que yo misma estaba en la encrucijada de algunos de ellos, y tropecé con la sexualidad en varios de sus bordes culturales (p. 19)”.

Si, por un lado, esta perspectiva favorece en el lector una especie de empatía con las vivencias del autor, por otro lado pone de manifiesto una carga polémica, ese “empeño obstinado por desnaturalizar el género” (p. 24), que vicia de entrada la objetividad del análisis y lo hace ya ideológico. Escribir

¹¹ Cfr. LINDA NICHOLSON, *Interpreting Gender*, en «Signs», 20, 1994, pp. 79-105.

¹² JUDITH BUTLER, *Bodies that matter, on the discursive limits of "sex"*, Routledge, New York 1993; JUDITH BUTLER, *Undoing Gender*, Routledge, New York 2004.

sobre el género para la autora refleja el deseo de cambiar la sociedad, pero esta perspectiva del “deber ser” mueve de experiencias personales de exclusión que se generalizan arbitrariamente:

“¿Cómo tendría que ser el mundo para que mi tío pudiera vivir con su familia, sus amigos o algún otro tipo de parentesco? ¿Cómo debemos reformular las limitaciones morfológicas idóneas que recaen sobre los seres humanos para que quienes se alejan de la norma no estén condenados a una muerte en vida?” (p. 24)

Esta aspiración aparece claramente en la oracular conclusión del prefacio de 1999, donde el legítimo intento de eliminar el estigma de la bisexualidad se traduce en la eliminación de la propia diferencia sexual, con el resultado, como se verá más adelante, de crear otro estigma, el de la heterosexualidad:

“Sigo albergando la esperanza de que las minorías sexuales formen una coalición que trascienda las categorías simples de la identidad, que rechace el estigma de la bisexualidad, que combata y suprima la violencia impuesta por las normas corporales restrictivas” (p. 32).

Examinemos las tesis del ensayo una por una.

El subtítulo *El feminismo y la subversión de la identidad* es ya programático: ¿cómo definir una política feminista que no se base en la identidad femenina? De hecho, Butler ataca uno de los supuestos centrales del feminismo: la suposición de que hay una identidad y un sujeto que necesita representación en la esfera política y en el lenguaje. Por ello, emprende una crítica genealógica de la noción del binomio Sexo/Género en abierta polémica en primer lugar con aquellas feministas que habían afirmado la existencia ontológica de un femenino y un masculino, pero también llevando al extremo las tesis de quienes habían teorizado el carácter cultural del Género. Se trata, en primer lugar, de separar la noción de Género de la de Sexo, haciéndola fluida, y posteriormente hacer también fluida la noción de Sexo.

Primer paso. Para Butler, si entendemos que el género (masculino/femenino) es el conjunto de los significados culturales del cuerpo sexuado, esto quiere decir que es artificialmente construido y no necesariamente se atribuye a un único sexo. Entonces el sistema binario de géneros se cae, porque ya no habrá relación con el sexo y los géneros no seguirán siendo sólo dos:

“Cuando la condición construida del género se teoriza como algo completamente independiente del sexo, el género mismo pasa a ser un artificio ambiguo, con el resultado de que *hombre* y *masculino* pueden significar tanto un cuerpo de mujer como uno de hombre, y *mujer* y *femenino* tanto uno de hombre como uno de mujer” (p. 54).

Segundo paso. Una vez eliminada la correspondencia entre sexo y género, Butler analiza la genealogía de la dualidad del sexo, para deconstruirla y empezar a cuestionar su consistencia ontológica: cuando hablamos de “mujer” y de “varón”, en realidad nos estamos refiriendo a categorías que tienen origen histórica y por lo tanto son variables:

“Si se refuta el carácter invariable del sexo, quizás esta construcción denominada «sexo» esté tan culturalmente construida como el género; de hecho, quizá siempre fue género, con el resultado de que la distinción entre sexo y género no existe como tal” (p. 55).

Tercer paso. Si el sexo es una construcción histórica y cultural, la conclusión es que, cuando hablamos de “sexo”, nos referimos en realidad al “género”, que “es el aparato mismo de producción mediante el cual se determinan los sexos en sí” (p. 55). El sexo, para Butler, no representa la naturaleza en relación con el género, sino que es una “superficie neutra” prediscursiva (p. 56), es decir, anterior a la cultura, sobre la que se proyectan los significados culturales (p. 56).

Aquí Butler cita a Simone de Beauvoir, sobre quien ya había escrito unos años antes¹³, recordando su lema en *El segundo sexo*: "no se nace mujer: llega una a serlo". Pero mientras la filósofa francesa con esta afirmación no pretendía negar la condición sexual, porque afirmaba que la distinción entre los sexos es un hecho biológico incontrovertible, Butler en cambio desvincula la frase del contexto de los años 50 y la utiliza de forma subversiva, para mostrar que el sexo no es natural, sino que es sólo género.

Cuarto paso. Pero, ¿por qué entonces -se pregunta Butler- tendemos a hablar de "hombre" y "mujer", siguiendo asociando género y sexo? Aquí la filósofa introduce su análisis de la dimensión performativa del lenguaje, que dice haber derivado de la interpretación del filósofo Jacques Derrida del cuento de Kafka *Ante la ley*. Para Derrida, el hecho de que el hombre protagonista de la historia espere toda su vida frente a una puerta abierta que no puede atravesar, porque el único límite lo constituyen las palabras de prohibición del guardián, muestra que la autoridad, es decir el valor normativo lo tiene el discurso, que da fuerza a la ley¹⁴. Es el discurso, dice Butler, el que produce una expectativa y por lo tanto produce el fenómeno que anticipa. En este caso concreto, es la atribución del nombre "masculino", "femenino", "masculino", "femenino" la que crea la anticipación al obtener el efecto que significa.

La noción de performatividad tiene su origen en el ámbito de la filosofía del lenguaje, gracias precisamente a John Austin, que, sin embargo, no se menciona en este ensayo. En *How to do things with words* (1962), Austin introduce una distinción entre los enunciados constativos, que son de carácter descriptivo, y los enunciados performativos, que provocan una acción, pero que no pueden ser juzgados ni verdaderos ni falsos. Según Butler, el género tiene carácter performativo debido al poder que tiene el lenguaje para generar lo que dice: "el género es un tipo de caracterización persistente que pasa como realidad" (p. 37). Se crea a través de un discurso colectivo que acaba produciendo un contexto normativo en el que se considera que un género es el "verdadero" y, en consecuencia, la heterosexualidad se considera normal como natural. En realidad, dice Butler, lo consideramos normal simplemente porque es obligatorio y lo es no como algo natural, sino *naturalizado*.

Para la autora, el género es performativo: no hay una identidad estable detrás de los actos que pretenden "expresar" el género y estos actos constituyen -más que expresar- la ilusión de una identidad de género estable. Además, si el "ser" aparente de un género es sólo un efecto de actos culturalmente significativos, entonces el género no es un dato universal. El género "mujer" (al igual que el género "hombre") sigue siendo contingente y está sujeto a interpretación y "resignificación". La perspectiva butleriana, si bien remite explícitamente a la concepción de Michel Foucault y a su genealogía de los sujetos y las identidades, va ciertamente más allá: mientras que para Foucault el cuerpo era en todo caso un dato original, aunque *sin forma*, para la pensadora, el Sexo, es decir, el elemento corporal, se forja en el lenguaje, en los códigos dominantes y se manifiesta en la repetición de actos específicos. En otras palabras, el *Sexo* es una construcción ideal que se materializa a la fuerza a lo largo del tiempo, presentándose siempre como *Género*. Para Butler, los actos, gestos y deseos producen una identidad en la superficie del cuerpo: por lo tanto esta identidad sexual resulta ser una invención porque estos actos son performativos. No existe un estatus ontológico independiente de los actos reales. Todo esto ocurre desde el nacimiento de un niño, al que se le llama hombre o mujer por primera vez, como si se tratara de un orden natural, cuando en realidad es el producto de una construcción lingüística. Esto tiene consecuencias radicales, por ejemplo la idea de que la identidad sexual no es binaria: al contrario, hay una multiplicidad de géneros posibles. La segunda idea es que

¹³ JUDITH BUTLER, *Sex and Gender in Beauvoir's Second Sex*, en "Yale French Studies. Simone de Beauvoir Witness to a Century", n. 72, (1986), p. 35-49.

¹⁴ Cfr. JACQUES DERRIDA, *Devant la loi*, en ALAN UDOFF (ed.), *Kafka and the Contemporary Critical Performance*, Indiana University Press, Bloomington 1987.

el género es un devenir, una actividad, una acción continua y repetida. El género no es fijo ni inmutable, sino una transformación constante.

Último paso. Si, como se ha dicho, el ensayo nació con la intención práctica de subvertir la lógica dominante del sistema binario de los sexos y la heterosexualidad obligatoria, ¿cómo es posible lograr este objetivo? Según Butler, no es posible eludir radicalmente esta lógica que perpetúa los modelos de masculinidad y feminidad, pero sin embargo es factible una estrategia que pretende desencajar los códigos consuetudinarios que se han convertido en normativos. Según Butler, la mejor estrategia subversiva no es derrocar o trascender el sistema de heterosexualidad obligatoria, sino apropiarse y difundir una multiplicidad de discursos sobre la identidad sexual para ofuscar esta categoría y hacerla totalmente problemática y antinatural.

Por ello, la pensadora propone el uso de la *parody* (“parodia”), un término ya utilizado en un contexto feminista, con el significado de cambiar los roles y recomponer una identidad¹⁵. Esto implica la adopción de gestos subversivos, constituidos por la “*drag performance*”, el disfraz con ropa del sexo opuesto (*cross-dressing*) que pretende mezclar e invertir los roles y las relaciones de género. El efecto cómico, la “risa subversiva” que resulta de la mezcla y reversibilidad de los géneros, se supone que consigue el resultado de impedir que la cultura dominante afirme la “existencia de identidades de género esencialistas o naturalizadas” (p. 269), mostrando en cambio su ambivalencia y arbitrariedad. Las prácticas paródicas del travestismo funcionarían, pues, como un gesto subversivo:

“Las prácticas de la parodia pueden servir para volver a mostrar y afianzar la distinción misma entre una configuración de género privilegiada y naturalizada y otra que se manifiesta como derivada, fantasmática y mimética: una copia fallida, por así decirlo. [...] La pérdida de las reglas de género multiplicaría diversas configuraciones de género, desestabilizaría la identidad sustantiva y privaría a las narraciones naturalizadoras de la heterosexualidad obligatoria de sus protagonistas esenciales: «hombre» y «mujer»” (p. 284).

3. Evaluación crítica

Las teorías de Butler han suscitado las críticas de varias exponentes del pensamiento feminista, como Martha Nussbaum y Barbara Duden, así como de algunas exponentes del “pensamiento de la diferencia sexual”, como Adriana Cavarero y Luce Irigaray. Como se ha observado con razón, esta teoría representa la disolución de la posibilidad misma del feminismo, que al centrarse en las mujeres privilegiaría una identidad producida por el lenguaje. De hecho, la pregunta “¿quién es la mujer?” acaba siendo impracticable, ya que se basa en la suposición de la integridad ontológica del sujeto, descartada por Butler como una construcción artificial. También hay una marginación de lo corpóreo, que se considera indiferente a la identidad de la persona.

De las tesis de Butler, expuestas en este ensayo y en otros posteriores, Martha Nussbaum critica sobre todo la ausencia de un enfoque concreto, que era en cambio la prerrogativa del primer feminismo estadounidense. Por esto, considera el suyo como un feminismo abstracto, caracterizado por “a type of verbal and symbolic politics that makes only the flimsiest of connections with the real situation of real women”¹⁶, lejano de la situación concreta de las mujeres concretas, y además propuesto como política real. Nussbaum le reprocha el lenguaje para iniciados, la abstracción de los superconceptos, el tono oracular, la oscuridad de los razonamientos, el recurso a fuentes filosóficas heterogéneas que dificultan al lector desmontar las tesis presentadas punto por punto¹⁷. Esta oscuridad oculta en realidad un gran vacío conceptual:

¹⁵ Cfr. TERESA DE LAURETIS, *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*, Indiana University Press, Bloomington 1987.

¹⁶ «un tipo de política verbal y simbólica que sólo establece la más tenue de las conexiones con la situación real de las mujeres reales». MARTHA NUSSBAUM, *The Professor of Parody. The hip defeatism of Judith Butler*, en “The New Republic”, 22 febrero 1999, pp. 37-45.

¹⁷ «Subservient to the oracular voice of Butler’s text, and dazzled by its patina of high-concept abstractness, the imagined reader poses few questions, requests no arguments and no clear definitions of terms».

“When Butler’s notions are stated clearly and succinctly, one sees that, without a lot more distinctions and arguments, they don’t go far, and they are not especially new. Thus, obscurity fills the void left by an absence of a real complexity of thought and argument”¹⁸.

Según Nussbaum, las tesis de Butler se resumen en una sola idea, constantemente repetida desde el primer ensayo de 1989: el género no sería más que un artificio social, por lo que la categoría de naturaleza no existe y la masculinidad y la feminidad no serían más que el resultado de simples relaciones sociales de poder. Pero no es una posición original, porque ya había sido avanzada por otros pensadores, incluso muchos años antes. Por ejemplo, John Stuart Mill, en *The subjection of Women* (1869), ya había declarado que la llamada naturaleza femenina era eminentemente algo artificial, argumentando que derivaba de las jerarquías de poder. También otras feministas entre los años 70 y 80, como Catharine MacKinnon¹⁹, Nancy Chodorow²⁰, la bióloga Anne Fausto Sterling²¹, sin olvidar a Gayle Rubin, ya habían explorado el papel de la política en la construcción del género o analizado la relación entre la organización social del género y las asimetrías de poder.

Nussbaum sólo identifica dos tesis originales en el pensamiento de Butler, que sin embargo son también objeto de crítica. La primera es la tesis de que el propio cuerpo, con la distinción entre los dos sexos, es también una construcción social. Por lo tanto, no sólo el cuerpo está moldeado por las normas sociales, sino que la división binaria de los sexos es una clave para organizar la sociedad, no un dato original. Para Nussbaum, esta es una afirmación que niega la consistencia real de los sujetos humanos. Si bien es cierto que la cultura puede moldear y remodelar ciertos aspectos de nuestra existencia corpórea, no puede moldearla por completo²². El hambre y la sed son manifestaciones innegables de la consistencia corporal, que no pueden atribuirse a la cultura *tout court*, como tampoco las necesidades nutricionales de las mujeres durante el embarazo o la lactancia, un tema importante para el pensamiento feminista que ha tenido el mérito de explorar a fondo la corporalidad de la mujer. La segunda tesis original expuesta por Butler, que Nussbaum refuta, se refiere a la artificialidad de las distinciones de género: si nos negamos a pensar en ellas como una realidad natural y objetiva, ya no debería haber ninguna razón para admitir la existencia de sólo dos géneros. Sin embargo, Butler no reconoce un espacio real para el cambio: para ella, estamos condenados a repetir las estructuras de poder en las que hemos nacido. La única posibilidad de resistencia es la propuesta de una concepción de la política como “performance paródica”, es decir, como burla de las estructuras de poder, ya que no es posible eliminarlas. Es precisamente la “parodia” entendida como gesto subversivo el objetivo de la crítica de Nussbaum. ¿Cuál sería la base -se pregunta- para resistir al poder? ¿cuáles serían los actos de resistencia y qué conseguirían? De hecho, si se rechaza cualquier categoría de carácter normativo, como el concepto de justicia, dignidad, igualdad, porque -según Butler- “colonizan bajo el signo de lo idéntico”, no se puede vislumbrar ningún punto de apoyo para los gestos subversivos.

«Sometido a la voz oracular del texto de Butler, y deslumbrado por su pátina de abstracción de alto concepto, el lector imaginario plantea pocas preguntas, no pide argumentos ni definiciones claras de los términos». *Ivi*, p. 38.

¹⁸ «Cuando las nociones de Butler se exponen de forma clara y sucinta, se ve que, sin muchas más distinciones y argumentos, no van muy lejos, y no son especialmente nuevas. Así, la oscuridad llena el vacío que deja la ausencia de una verdadera complejidad de pensamiento y de argumentación». *Ivi*, p. 39.

¹⁹ Cfr. CATHARINE MACKINNON, *Toward a Feminist Theory of the State*, Harvard University Press, Cambridge 1989.

²⁰ Cfr. NANCY CHODOROW, *The Reproduction of Mothering: psychoanalysis and the sociology of Gender*, University of California Press, Berkeley 1978.

²¹ Cfr. ANNE FAUSTO-STERLING, *Myths of Gender: Biological Theories about Women and Men*, Basic Books, New York 1987.

²² «And yet it is much too simple to say that power is all that the body is. We might have had the bodies of birds or dinosaurs or lions, but we do not; and this reality shapes our choices. Culture can shape and reshape some aspects of our bodily existence, but it does not shape all the aspects of it».

«Sin embargo, es demasiado simple decir que el poder es todo lo que el cuerpo es. Podríamos haber tenido cuerpos de pájaros, o de dinosaurios o de leones, pero no lo tenemos; y esta realidad da forma a nuestras elecciones. La cultura puede moldear y reconfigurar algunos aspectos de nuestra existencia corporal, pero no moldea todos los aspectos de ésta». MARTHA NUSSBAUM, *The Professor of Parody*, *cit.*, p. 40.

Lo que se necesita, según Nussbaum, es una teoría normativa de la justicia social y la dignidad humana, para poder justificar el compromiso con los grupos desfavorecidos y dirigir la protesta contra las violaciones de los derechos en una determinada dirección. Butler, por el contrario, no puede aportar ninguna razón válida por la que subvertir las normas de género sería un bien social, mientras que la subversión de las normas de justicia sería un mal social. Por otro lado, incluso las “actuaciones parodísticas” sugeridas no son un remedio para las estructuras opresivas, sino espacios mínimos de resistencia, que no pueden llegar a cambiar la situación general. Es una solución de conveniencia que fomenta la pasividad y una especie de quietismo, confinando el compromiso activo al plano simbólico, a través de la palabra y el gesto, pero sin trabajar por unas leyes más justas, como en cambio habían trabajado los exponentes del “viejo” feminismo. Es, por tanto, una falsa esperanza la que ofrece la “subversión” propuesta por Butler, ya que no cambia en absoluto las situaciones de injusticia. Pero una falsa esperanza -observa Nussbaum- aunque se disfrace de alegría, desemboca en la desesperación, porque elimina el sueño de un mundo verdaderamente justo, donde las leyes y las instituciones protejan la igualdad y la dignidad de todos los ciudadanos. En última instancia, el quietismo butleriano, aunque comprensible por las dificultades para lograr la justicia en Estados Unidos, acaba siendo una respuesta negativa que acaba haciéndose cómplice de la injusticia. El feminismo, concluye Nussbaum, “exige más y las mujeres merecen algo mejor”²³.

La crítica a las tesis de Judith Butler por parte de Barbara Duden, estudiosa de la historia del cuerpo, aborda el proceso de “descorporeización” producido por la teoría del género²⁴. Duden observa con sorpresa que para la mayoría de sus alumnas la categoría de “naturaleza” se ha convertido en un concepto vacío y el cuerpo representa sólo una construcción social.

Hay que señalar que no hay una filosofía clara de la identidad humana en Barbara Duden, caracterizada por una naturaleza corporal-espiritual que permanece estable a pesar de su desarrollo histórico. Su investigación se orienta más bien a destacar los diferentes significados e imágenes culturales que marcan la historia del cuerpo, mostrando una deuda con el pensamiento de Foucault, pero prestando al mismo tiempo especial atención a las experiencias concretas de la corporalidad femenina, como el parto y el embarazo. Por eso se niega a reducir el cuerpo a pura cultura y se aleja claramente de la reducción de la mujer a “un fantasma detrás de una voz completamente insonora”²⁵. Y añade: “Me asusta esta cínica desencarnación (*Entkörperung*), disfrazada de ironía, de corifeas feministas que se hacen pasar por epígonos de sus hermanos mayores: Foucault, Derrida, Lacan, Lyotard y Deleuze”²⁶.

La deriva nominalista de la que Butler se convierte en intérprete es arriesgada, porque reduce todo al discurso.

«El "dos" que caracteriza al género es entendido por Butler como una categoría, como un concepto y no como una experiencia fundamental; como una palabra, que puede servir como sujeto de una frase. El análisis del discurso, y no el gesto, el acceso, la orientación en la vida cotidiana, el ritmo, la asignación simbólica, determinan por tanto para Butler el significado de lo que examina»²⁷.

En una cultura en la que emerge un nuevo dualismo, por el que el cuerpo se divorcia cada vez más de la mente, la "mujer descorporeizada" propuesta por Butler muestra hasta qué punto el análisis del discurso puede alejarse del mundo de la experiencia. Para ella, "yo", "tú", "nosotros" son epifenómenos de una *performance*, de una representación, de un "discurso" sin voz²⁸.

Es una perspectiva juzgada por Duden como emblemática de nuestra cultura posmoderna, una teoría que "ha roto por completo con la interpretación de la naturaleza como *matrix*, matriz, por tanto como

²³ MARTHA NUSSBAUM, *cit.*, p. 45.

²⁴ Cfr. BARBARA DUDEN, *Die Frau ohne Unterleib. Zu Judith Butlers Entkörperung. Ein Zeitdokument*, en “Feministische Studien”, 2 (1993), pp. 24-33.

²⁵ *Ivi*, p. 26.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Ivi*, pp. 32-33.

²⁸ *Ivi*, p. 27.

'lugar' de nacimiento de la carne, como 'origen'²⁹ y que desestima como ridículas todas aquellas tesis que en cambio consideran necesario identificar una identidad y un sujeto. Para Butler, no hay ningún sujeto, ningún "yo" preexistente a la significación discursiva.

Duden rechaza la postura que convierte el cuerpo en discurso e ignora la existencia de un "yo", considerándolo carente de consistencia y significado.

Es precisamente el estudio de la experiencia corporal de las mujeres a lo largo de los siglos lo que proporciona a la investigadora la evidencia de que el cuerpo, aunque sea un espejo de múltiples significados históricos, es una entidad material con una orientación precisa. La preocupación de Duden es por las jóvenes académicas que, tras estas teorías, podrían correr varios riesgos en su investigación del cuerpo: ridiculizar la corporalidad, como hace el pensamiento posmoderno; reducirla a un hecho privado, considerándola *políticamente incorrecta*, siguiendo las teorías del multiculturalismo; o desmembrarla en el psicoanálisis. Queda, sin embargo, una cuarta vía, esta vez positiva: «¿O acaso, tras el baño corrosivo de la lectura deconstructivista, esta resonancia de la carne en el pensamiento y en el sentimiento se manifestará de una manera completamente nueva?»³⁰.

Conclusiones

Con la teoría de género butleriana, el sujeto se vacía totalmente, queda como una mera apariencia y se convierte en un efecto del discurso a merced de las estructuras de poder. Por el contrario, la diferencia sexual es una determinación original, que no sólo concierne al cuerpo, sino a la propia subjetividad, constituyendo la situación en la que cada persona ejerce su libertad. La condición de género también tiene un valor simbólico y cultural, si se quiere discursivo, pero esto no significa que se construya artificialmente y con independencia del sexo.

La separación entre sexo y género que propone la Teoría del Género, tanto en su versión inicial como en la versión butleriana, si fuera realmente practicable -aspecto cuestionado por muchos- abriría una etapa inquietante para el futuro de la humanidad. La condición sexuada, de hecho, ya no sería una cuestión física, sino simplemente mental, en la que la identidad de cada persona sería el producto de una autodeterminación incuestionable, con una desmaterialización en la que todas las combinaciones serían posibles y en la que, de hecho, se volverían a proponer nuevas y quizás más insidiosas formas de poder.

Hay quienes ven en la Teoría de Género una simple función crítica, una ganzúa diseñada para forzar los paradigmas tradicionales, en consonancia con la tendencia a deconstruir las estructuras existentes, pero sin sustituirlas por nada: un resultado muy arriesgado. El filósofo del derecho Francesco D'Agostino ha observado que si la determinación del género fuera *voluntarista*, en la medida en que carece de un fundamento natural, no podría reivindicarse individualmente como *absoluta e innegociable*. Entonces, se acabaría teniendo el efecto contrario a la "liberación" pretendida:

“En efecto, puesto que no hay ninguna voluntad *verdadera* que pueda (por el mero hecho de serlo) imponerse a una voluntad *falsa*, y puesto que lo que cuenta -como lo entendió perfectamente Nietzsche- es sólo la que entre dos voluntades resulta ser, en última instancia, la más fuerte, la que es, por tanto, capaz de imponerse a la más débil, es muy poco probable que, en lo que respecta a la determinación de la identidad sexuada, prevalezcan las voluntades individualistas de género, frente a las pretensiones normativas que podría hacer el poder”³¹.

Sin embargo, es significativo que la propia Butler, en algunos de sus ensayos más recientes, escritos tras el atentado contra las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001, aunque no ha revisado su concepción discursiva del cuerpo, ha apelado a diferentes formas de solidaridad y compromiso. En su ensayo de 2016, *Precarious life*, propone una reflexión sobre la "vulnerabilidad humana común",

²⁹ *Ivi*, p. 28.

³⁰ *Ivi*, p. 31.

³¹ FRANCESCO D'AGOSTINO, *Ideologia di genere e persona*, in ANGELA APARISI MIRALLES (ed.), *Persona y género*, Pamplona, Thomson Reuters Aranzadi 2011, p. 383.

que ya no se traduce en una simple estrategia de parodia, sino incluso en una propuesta ética³². A pesar de que el cuerpo es siempre para ella "socialmente construido", aparece ahora una referencia a "la interpelación del rostro del otro", con una referencia explícita al filósofo Lévinas, una tesis que evidentemente parece contraria a la idea de que las estructuras de poder son ineliminables y que la expresividad del rostro sólo sería el efecto de una simple construcción discursiva³³.

También en el ensayo de 2018, *Notes Toward a Performative Theory of Assembly*³⁴, Butler valora las protestas callejeras, que, como reuniones de cuerpos físicos, tienen una dimensión expresiva más allá del discurso. Incluso las concentraciones silenciosas tienen un significado político, porque estas "acciones encarnadas" tienen un significado que no está relacionado con el discurso, ya sea escrito u oral. Los cuerpos, aunque vulnerables, cuando se juntan en la protesta, consiguen imponerse en el espacio público y reclamar derechos, precisamente por el vínculo que los une.

Si los comparamos con la "parodia", estos modos de compromiso y reivindicación muestran un peso muy diferente: una señal de que la reflexión sobre nuestra vulnerabilidad común ha llevado a Butler, sin dejar de ser fiel a sus tesis iniciales, a reconocer al menos el valor generativo del vínculo mutuo entre las personas.

³² Cfr. JUDITH BUTLER, *Prekarious life: the powers of mourning and violence*, Verso, London-New York, 2004.

³³ Cfr. JUDITH BUTLER, *Giving an Account of Oneself*, Fordham University Press, New York 2005.

³⁴ JUDITH BUTLER, *Notes Toward a Performative Theory of Assembly*, Harvard University Press, Harvard 2018.